

Cuestión nacional y desarrollo económico en tiempos de la Gran Guerra

El Partido Socialista de Argentina en su relación con el librecambio

Augusto Piemonte

Al momento de producirse su estallido, la dirección del Partido Socialista Argentino (PSA) no entendió que la Gran Guerra fuera expresión de un conflicto entre naciones conducidas por las pretensiones imperialistas de sus burguesías dominantes. Su posición tomaba un distanciamiento tajante respecto de las posturas revolucionarias más expandidas que promovía el ala izquierda de los partidos socialistas europeos, todas las cuales confluían hacia la necesidad de combatir la guerra internacional, y que alcanzó el paroxismo en el bolchevismo ruso con su táctica para reconvertirla en una guerra civil de clases. Lo destacable es que los socialistas argentinos encontraron la forma de justificar sus rechazos hacia este antimilitarismo activo, no-neutralista, sin que ello supusiera recaer en las estipulaciones que eran defendidas por la socialdemocracia mayoritaria, quien ante los acontecimientos de agosto de 1914 había tomado la determinación de votar los créditos de guerra a los efectos de garantizar la defensa de la patria propia. El PSA demostraría una importante flexibilidad teórica al advertir que la confrontación militar mundial no era «consecuencia simple y fatal de la propiedad privada y la producción mercantil»,¹ puesto que las relaciones de propiedad y de producción en Gran Bretaña y en Estados Unidos se desarrollaban sin tamaños sobresaltos. Desde el primer momento en que la contienda bélica estuvo más cerca de ser un hecho consumado que un riesgo potencial, generando un intenso debate hacia el interior del socialismo mundial, los socialistas argentinos identificados con el «parlamentarismo» se encargaron de proponer un antídoto original para prevenirla en primer lugar, y cuando el estallido del conflicto se hizo inevitable continuó propalando lo que interpretaba eran sus buenos oficios. La propuesta argentina no iba a encontrar adhesiones comprometidas ni mucho menos duraderas en el campo del socialismo internacional. No obstante, las numerosas y recurrentes omisiones a sus enmiendas no consiguieron minar la coherencia de los planteos ni tampoco acallar las proclamas de

una voz poco ortodoxa. La insistencia habría de arrojar sus resultados, si bien magros, cuando, con motivo de la celebración de la Conferencia Socialista de Berna de 1919 —es decir una vez finalizada ya la guerra pero cuyos efectos devastadores se dejaban sentir todavía—, se consiga instalar la cuestión librecambista en el centro de la agenda pronta a ser discutida. Será entonces tomada en consideración la noción argentina de la libertad de comercio, si bien desde una perspectiva pasible de asumirla en su dimensión progresista pero contraria a hacer de ella el más eficaz predicamento a la hora de contribuir en el estrechamiento de relaciones armónicas entre los pueblos del mundo.

Las respuestas que podían practicarse en torno de los problemas originados por la realidad ineluctable que signaba el proceso de formación y consolidación de estados nacionales dependían, necesariamente, de aquellas condiciones históricas en las cuales éste se enmarcaba. La Primera Guerra Mundial era la manifestación consumada de la convergencia de una serie de problemáticas diversas originadas al calor de esta nueva estructuración socio-política. En este punto resultará esencial establecer algunas precisiones respecto de la presencia o ausencia de cierto margen de operatividad para la producción de pensamientos y prácticas autónomas por parte de los partidos socialistas nacionales durante la época que estamos analizando. Tal como advierte Maxime Rodinson, deberá ser tomada con precaución la imagen del socialismo europeo que se piensa a sí mismo desde la cumbre de un orden jerárquico, fundamentando su lógica en la convicción de que «Si Europa es la vanguardia de la civilización europea, el proletariado europeo es la vanguardia de la vanguardia».² La aplicabilidad analítica de esta sentencia sólo puede ser aceptada en forma presurosa, acrítica, pues no resiste su contraste con la realidad; la intencionalidad que lleva impresa presupone que, ya fuera en forma explícita, ya en forma implícita, al socialismo argentino —al

¹ Justo, Juan B., **Internacionalismo y Patria**, Buenos Aires, La Vanguardia, 1933, p. 152.

² Rodinson, Maxime, **Sobre la cuestión nacional**, Barcelona, Anagrama, 1975, p. 17.

socialismo de ultramar en general— le tocaba cumplir con un rol subsidiario en la lucha mundial por la emancipación de los trabajadores. Si bien el entramado socialista se hallaba dispuesto de manera tal que los grandes partidos europeos, apoyados en su madurez teórica y en el elevado volumen de afiliados, estaban en condiciones de impartir a sus pares menores ciertas lecciones esenciales sobre el comportamiento para el correcto desempeño de la vida política, también es cierto que el socialismo argentino, aferrado como estaba a una suerte de heterodoxia marxista, supo encontrar los espacios que le permitieron generar planteos originales a algunos de los localismos que dificultaban el camino nacional hacia la superación del capitalismo. Existía hacia el interior del PSA cierta libertad de criterios respecto de determinadas concepciones que el socialismo europeo predominante asumía como dogmas. Sin lugar a dudas, uno de estos factores de divergencia teórico-práctica más salientes que acompañaron la trayectoria del partido a lo largo de la Segunda Internacional lo constituyó su defensa apasionada del librecambio.

Algunos condicionamientos argentinos en la vía al socialismo

La posibilidad de operar con una flexibilidad relativa en los compromisos políticos que se debatían en el seno del socialismo internacional era producto de las características con que había sido gestada la Segunda Internacional. Tratándose de un foro para la circulación de polémicas más que de una organización con fines pragmáticos, su misma naturaleza constitutiva contemplaba la adopción de posiciones enfrentadas.³ No era sino en la observación atenta en relación al caos que dominaba la II Internacional, con la consiguiente imposibilidad de establecer un frente común de lucha verdaderamente orgánico, que Jean Jaurès afirmaba con total certeza: «Todos o casi todos tenemos un gran desorden en nuestras ideas tácticas, y por ello nuestra acción es contrariada y debilitada»⁴. Esto dejaba al PSA en situación para moverse con un grado de independencia tal que le permitía, por un lado, abstenerse de votar en el Congreso de Amsterdam de 1904 en la cuestión referida al colaboracionismo gubernamental del Partido Socialista de Francia, en tanto que, por otra parte —y sin que ello supusiera una incongruencia de principios—, quedaba libre de manos para celebrar el proceso revolucionario abierto en Rusia en 1905. Es decir que, tal como señala Leonardo Paso a partir de esta situación, para los comienzos del siglo XX «el P. Socialista de Argentina ocupó en diversos problemas posiciones intermedias [entre el marxismo y el reformismo], o apoyó a los grupos marxistas»⁵.

Que el socialismo tuviera una visión del país inserto en una economía agropecuaria y concentrara una parte fundamental de su programa de reformas a minar el latifundio es un hecho com-

probado que da cuenta de una raigambre verdaderamente nacional.⁶ Su *praxis* política distaba de ser el reflejo fiel de la dinámica europea. La necesidad argentina respecto de un contacto fluido con el exterior no se limitaba al intercambio de mercancías. De primer orden para el crecimiento de la economía nacional resultaba la afluencia de fuerza de trabajo proveniente desde Europa. A causa de la inmigración europea entre el primer Censo Nacional, realizado en 1869, y el tercero, de 1914, la población en edad de trabajar registró en la Argentina un incremento astronómico: los 923.000 trabajadores existentes en la primera fecha habían visto ascender su número a 3.360.000 para el segundo año indicado.⁷ No constituye ninguna novedad el advertir que la enorme masa de extranjeros recientemente llegada al país no disponía de la propiedad de instrumentos para la producción, por lo cual debió ofrecer su fuerza de trabajo en el creciente mercado laboral. Ahora bien, cuando esta masa de inmigrantes busca empleo lo hace preponderantemente en el mundo rural, puesto que el pilar de la economía argentina del período no lo constituye la producción industrial sino el sector primario. Si quería convertirse en el partido de los explotados, el Partido Socialista, aunque urbano en su composición de origen e interesado en captar al incipiente y moderno ciudadano proletario, no podía escapar a la obligación planteada en la necesidad de atender las exigencias de los peones rurales y jornaleros.

Ante esta situación concreta el librecambio aparecía como una consecuencia lógica en el entramado teórico socialista parlamentario, al asumirlo así el partido no incurría en ninguna operación ideológica pasible de disparar la polémica, pues no implicaba un desplazamiento de estructuras mentales definidas ni mucho menos asentadas. En este sentido, tiene razón Portantiero cuando observa que, para la época que estamos analizando, «el proteccionismo no era una bandera de los sectores populares, sino de sectores de las clases dominantes como el monopolio azucarero de Tucumán y de políticos conservadores (...)».⁸ En ple-

⁶ Oddone, Jacinto, **Historia del socialismo argentino**, Buenos Aires, CEAL, 1983, tomo 2, pp. 269-272.

⁷ Cifras tomadas de Lobato, Mirta Zaida, «Los trabajadores en la era del 'progreso'», en M. Z. Lobato (dir.), **Nueva Historia Argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)**, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, tomo V, p. 469. Argentina se convirtió en el período señalado en la tercera nación del mundo con mayor número de inmigrantes recibidos. Cfr. Cantón, Darío y José L. Moreno, «La experiencia radical (1916-1930)», en Cantón, D., José L. Moreno y Alberto Ciria, **La democracia constitucional y su crisis**, Buenos Aires, Paidós, 2005, pp. 21-22.

⁸ Portantiero, Juan Carlos, **Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina moderna**, Buenos Aires, FCE, 1999, p. 41. Por más que difícilmente se pudiera asimilar a Manuel Ugarte con la defensa de la bandera de las clases dominantes cuando habiendo dejado de ser uno de los más influyentes políticos del PS, pero acusando todavía la lógica argumentativa acuñada por socialismo argentino, menosprecia el librecambismo a ultranza que la línea oficial enarbola en su programa económico, tras considerar que garantizando el rendimiento del salario de la clase obrera en el corto plazo por medio de la defensa del librecambismo se sacrificaba el desarrollo de la producción industrial condenando al país al atraso pues los países «que sólo exportan materias primas son, en realidad, pueblos coloniales», lo cierto es también que la posibilidad de advertir esta tensión entre modelos de desarrollo económico posibles y deseables distaba todavía de verse instalada en el centro del debate, su lugar era muy marginal en el espectro teórico del socialismo argentino electoralista de la época. Ugarte, Manuel, **La Patria grande**, Madrid, Editora Internacional, 1924, p. 226.

³ Kriegel, Annie, **Las Internacionales Obreras**, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1968, pp. 64-65.

⁴ Jaurès, Jean, **Estudios socialistas**, Valencia, F. Sempere y Cía., 1909, p. 89.

⁵ Paso, Leonardo **Historia de los Partidos Políticos en la Argentina (1900-1930)**, Buenos Aires, Directa, 1983, p. 440.

na discusión en torno a qué posición debía reclamarse al gobierno nacional en la compleja problemática que tenía por eje la cuestión ligada al intercambio comercial, el delegado por Catamarca abogó, durante el III Congreso Extraordinario del Partido, sobre la conveniencia que podría detentar la merma en la exportación de carne y trigo a Europa. Su efecto redundaría, según el delegado, en un marcado descenso en el precio de venta dentro del mercado nacional, lo que a su vez habría de repercutir en los niveles de consumo de los asalariados argentinos.⁹ La posición era totalmente transgresora para los parámetros de convención propios del socialismo, y la propuesta fue descartada en forma inmediata por la plana mayor del partido: el carácter conservador del proteccionismo era algo que no podía siquiera ser puesto en duda. Lo que importaba en primera instancia no era la promoción de la revolución social, sino mucho antes la redistribución de los ingresos. Los derechos aduaneros redundaban en un encarecimiento de los medios de vida para la clase obrera. Además, y en contra del desarrollo industrial que en primera instancia se adscribe como justificación en los planteos proteccionistas, el socialismo encabezado por Juan B. Justo evidenciaba un proyecto de nación auto-sustentable, en donde el ruralismo, y no la actividad industrial, podía desempeñar bien el papel de sector económico dinamizador del proceso de modernización argentino.¹⁰ Más aún, la profusa insistencia del socialismo local por la necesidad de nacionalizar a la gran masa inmigrante adquiriría una mayor claridad, dice Julio Godio, cuando se advierte en ella la búsqueda de un beneficio para la cultura política progresista en general.¹¹ Si a raíz de la creciente participación política los trabajadores podrían ganar la experiencia suficiente hasta llegar a comprender que su destino era el de unirse naturalmente a los esfuerzos convocados desde el PS, entonces cobra todo su significado el interés puesto en la facilitación de los requisitos necesarios para la creación de partidos políticos modernos, los cuales debían ser lanzados justamente desde el polo de desarrollo económico agropexportador asentado en el Litoral. La puja por el librecambismo se explica en el ideario de Juan B. Justo a partir del momento en que se advierte el diagnóstico referido al hecho de que, tratándose de un país con una economía atrasada y dependiente, la Argentina debía desarrollar no sólo una lucha social —como era el caso de las naciones industrializadas—, sino que en simultáneo a ella tenía que afrontar una lucha por su liberación nacional.¹²

Por lo tanto, se puede evidenciar que la reacción ensayada por el socialismo cultivado en la Argentina ante la coyuntura bélica internacional se hallaba relacionada con un problema más general y profundo para su desarrollo interno, y es que su dependencia respecto del comercio exterior, elemento dinamizador de la econo-

mía nacional, provocaba que el grueso de las fuerzas del Partido Socialista fueran dirigidas hacia la salvaguarda del orden de intercambio comercial hasta entonces vigente. Creemos por esto mismo que es errónea la postura adoptada por Alberto Plá cuando, habiendo pasado revista a la oposición de los marxistas del Club Socialista Vörrwats hacia el proteccionismo económico, entiende que todo el socialismo argentino incurría en la concepción etapista de la vía al socialismo calcada del modelo europeo.¹³ Al asumir la defensa encarnizada del librecambio, el socialismo argentino en su conjunto estaba, en realidad, reconociendo las condiciones estructurales específicas del país, a partir de las cuales debía generar políticas de intervención social acordes con el fin de transformar la realidad social.

Librecambio en jaque: el impacto de la guerra submarina

La delegación argentina que concurrió a las distintas conferencias y congresos de la Internacional Socialista quedó compuesta por Antonio de Tomaso, encargado de interceder en los debates de corte político-militar, y por Juan B. Justo, sobre quien recayó la importante tarea de tomar parte en las discusiones político-económicas. Fue «el maestro» quien, dadas las condiciones de existencia en que se sustentaba la actividad teórico-práctica del partido que integraba, tuvo la responsabilidad de imprimir en el centro de la discusión la huella del pensamiento original del socialismo argentino. Cualquier cambio que deviniera de un descalabro repentino en la macroeconomía argentina tendría efectos regresivos para el proletariado argentino en su camino hacia la emancipación. Es esta la razón por la cual Justo elevaba a la Conferencia de Berna la proposición referida a la necesidad de «insistir sobre el librecambio en la constitución y el mantenimiento de la sociedad de los pueblos, punto de vista burgués, si se quiere, de la burguesía más progresista y esclarecida, sobre el cual hay que insistir ahora en los medios obreros».¹⁴ Dentro de este esquema el proteccionismo aparecía como la encarnación más negativa que podía caberle al nacionalismo; se infería, en consecuencia, que el librecambio era la manifestación más elevada y deseable de dicho complejo simbólico-cultural. El proteccionismo ahondaba en el aislamiento de las distintas naciones al promover la solidaridad entre las clases antagónicas fundamentales, enfrentadas a partir de entonces a sus respectivos pares extranjeros. Es por ello que Justo, ante los sucesos de agosto de 1914, señala como un error de orden capital el hecho de que la Internacional Socialista se haya decidido a sumar sus voces en el coro patriota que estallaba en reclamos militaristas, cuando el procedimiento correcto hubiera consistido en la propagación de los beneficios relacionales que encerraría la actividad comercial dentro del concierto de naciones.¹⁵ La solución propuesta por el

⁹ El episodio es recogido por Cúneo, Dardo, **Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina**, Buenos Aires, Solar, 1997, pp. 373-374.

¹⁰ Geli, Patricio y Leticia Prislei, «Una estrategia socialista para el laberinto argentino. Apuntes sobre el pensamiento político de Juan B. Justo», en **Entrepasados**, Buenos Aires, n° 4/5, 1993, pp. 37-38.

¹¹ Godio, Julio, **El movimiento obrero y la cuestión nacional. Argentina: inmigrantes asalariados y lucha de clases, 1880-1910**, Buenos Aires, Erasmo, 1972, pp. 129-130.

¹² Corbière, Emilio, «Juan B. Justo y la cuestión nacional», en **Todo es Historia**, Buenos Aires, n° 62, junio de 1972, p. 21.

¹³ Plá, Alberto, «Orígenes del Partido Socialista Argentino (1896-1918)», en **Cuadernos del Sur**, Buenos Aires, Tierra del Fuego, n° 4, marzo-mayo, 1986, p. 46.

¹⁴ Justo, J. B., **Internacionalismo y Patria**, op. cit., p. 19.

¹⁵ *Idem*, p. 53.

socialismo argentino era original y tendría larga proyección, aunque no conseguiría alcanzar las repercusiones buscadas: al auge militarista debía ser contrapuesta la apertura de los mercados internacionales para la libre circulación de bienes y capitales.

El liberalismo económico, con su lucha clasista hacia interior de cada nación, tenía la facultad de hacer más factible la unidad mundial de los trabajadores. Era en su lucha nacional en calidad de consumidores donde los trabajadores encontraban el medio más eficaz a los fines de confrontar internacionalmente con los agentes de su explotación en la esfera de la producción. De este modo, la reducción de los derechos aduaneros debía convertirse en una de las exigencias más urgentes del socialismo, componente prescriptivo del programa de partido que sería satisfecho cuando se pudiera alcanzar la eliminación definitiva de los mismos. Fueron muy activas las políticas dirigidas en este sentido por el socialismo argentino. Así, por ejemplo, se realizó una serie de conferencias en la noche del 31 de julio de 1912 patrocinadas por el Comité Ejecutivo del PSA con la intención de discutir la política impositiva nacional, que repercutía fuertemente sobre la adquisición de bienes de primera necesidad y dejaba libre de exacciones proporcionales el consumo vinculado al «privilegio» y al «vicio».¹⁶ Pero las políticas económicas defendidas por los grandes partidos socialistas de Europa se dirigían en un sentido completamente distinto al que pretendía adjudicarles el partido argentino: al apoyar la intervención armada impulsada por sus gobiernos centrales, aquellos adherían también, implícitamente, a la política económica proteccionista que en tales condiciones propugnaba la coyuntura internacional. No obstante, y aunque en un primer momento el PSA aplaudió la posición neutralista del gobierno de Yrigoyen, cuando se sintió obligado a romper con ella para clamar por la declaración de guerra en compañía de los aliados su postura económica librecambista permaneció intocable.

La elevada capacidad del PSA para adaptar recursos teóricos que intervendrían en las proyecciones programáticas se hacía notoria en la polémica sobre la guerra internacional. La novedad de la coyuntura bélica mundial llevaba al líder del socialismo oficial en la Argentina a argumentar en el Congreso Socialista extraordinario de 1917 que el pueblo alemán de seguro aborrecía de los métodos inmanentes a la misma,¹⁷ para poco tiempo después pasar a sostener, el primero de mayo de 1918, que para los gobernantes tamaña destrucción era imposible de lograr sin la participación activa del pueblo.¹⁸ Pese a este cambio de percepción, el PSA era coherente en su decisión de guardar distancias respecto de cualquier ortodoxia dogmática que le representara la obligación de mantenerse dentro de confines poco maleables. La mutabilidad táctica no implicaba en este caso una mutabilidad ideológica. En tanto los intereses representados continuaran siendo los que se consideraba que correspondían a la clase obrera, y en tanto el objetivo máximo se constituyera en la búsqueda por liberar al proletariado de la explotación capitalista, el PSA se sentía en

la libertad de reconfigurar sus programas de acción de acuerdo a la opción que considerase más viable bajo el signo de los tiempos. Al menos esta era la explicación que el partido se daba a sí mismo para justificar la naturaleza cambiante de sus actos. De otra manera el PSA no podría sostener que «La lucha de clases siendo una gran verdad es hoy sólo una verdad relativa, frente a la guerra»¹⁹ y al mismo tiempo seguir considerándose el defensor de los intereses de los trabajadores en la Argentina.

Promediando el mes de septiembre de 1914 el gobierno argentino tomó conocimiento del fusilamiento del vicecónsul argentino en la ciudad belga de Dinant, recayendo la responsabilidad en el ejército de ocupación alemán. Este atropello funcionó a modo de preanuncio respecto de las violaciones a las soberanías nacionales que cabía esperar diera lugar la conflagración. Sin embargo, el hecho no recibió una condena tal por parte del PSA que lo condujese a reformular su posición frente a la guerra. El comercio de la Argentina con el extranjero no corría riesgos con la muerte del diplomático nacional. Pero muy pronto el acopio de trigo argentino destinado a Gran Bretaña, en conjunción con las disponibilidades para el mismo fin preparadas por Estados Unidos y Australia, se convirtió en una razón de estado para el gobierno alemán, quien a principios de febrero de 1917 decidió en consecuencia elevar a las naciones neutrales la advertencia de que sus embarcaciones serían atacadas en caso de que fueran sorprendidas navegando en aguas bloqueadas.²⁰

Cuando en abril se produjo el hundimiento de la embarcación argentina «Monte Protegido» la cancillería argentina exigió que fueran presentadas las debidas excusas por parte de las autoridades alemanas, pues el barco había abandonado las costas argentinas con anterioridad a la disposición unilateral de guerra submarina irrestricta y, por ende, el derecho internacional amparaba la legalidad de sus últimas actividades.²¹ El reclamo efectuado por el gobierno argentino fue debidamente respondido por el gobierno alemán y el incidente no pasó a mayores. No obstante, al hundimiento del «Monte Protegido» le siguieron los de otras dos embarcaciones argentinas: el del «Oriana»²², producido el 6 de junio, y el más resonante caso del «Toro», que tuvo lugar el 22 de junio en aguas de libre circulación. Al momento de elaborar una composición de lugar que dé cuenta de la realidad internacional en que debatía el socialismo argentino, es importante tener presente que, si bien a través de lo dispuesto por intermedio de su Ministerio de Relaciones Exteriores el gobierno alemán se manifestó favorable a indemnizar a su homólogo argentino en aquellos casos en que se demostrara la violación de las condiciones internacionales vigentes, ello no suponía desde ningún punto de vista el cese de las hostilidades en las zonas declaradas bajo blo-

¹⁶ *La Vanguardia (LV)*, 1/8/1912, 1956, p. 1.

¹⁷ Justo, J. B., *Internacionalismo y Patria*, op. cit., p. 145.

¹⁸ *Ídem*, p. 156.

¹⁹ *Ídem*, p. 158.

²⁰ Weinmann, Ricardo, *Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblos-Fundación Simón Rodríguez, 1994, p. 106.

²¹ *Ídem*, pp. 114-115.

²² Se concluyó tras los peritajes del caso que en realidad la nave «Oriana» no podía ser considerada como argentina a causa de su pabellón. Cfr. Lascano, Luis Alén, «Argentina y la Gran Guerra», en *Todo es Historia*, Buenos Aires, n° 69, enero de 1973, p. 43.

queo. Esto no significaba otra cosa que el perjuicio drástico para las ventas de los bienes agropecuarios que la Argentina producía en masa con el objetivo de destinarlos a la exportación; su mayor mercado se hallaba aislado y los riesgos de sortear con éxito el aislamiento eran demasiado grandes. Vale decir que las condiciones socioeconómicas argentinas se hallaban revestidas por ciertas especificidades que planteaban un reto singular de cara a la adopción de aquellas interpretaciones sobre los acontecimientos recientes y los procedimientos de orden práctico de ellos derivados que proliferaban en los caldeados debates del socialismo internacional. Y es que, como señalara Godio, las complejidades que presentaba la realidad argentina la dotaban de un cariz que era único en su género:

Argentina, país políticamente independiente no es una colonia, ni inclusive semi-colonia, sino un país capitalista agrario dependiente en expansión, donde la cuestión social no puede ser reducida al enfrentamiento campesino-terrateniente, y donde la cuestión nacional no está planteada como lucha anticolonialista.²³

Es en el moderno sistema capitalista mundial en donde se inserta el modelo económico agroexportador que asume la Argentina. Las ciudades centrales presentan una magnitud considerable en los mismos comienzos de su existencia. En ellas el proletariado incipiente, compuesto en número significativo por extranjeros de origen europeo, no reconoce más que un pasado construido en las relaciones sociales de producción libres. La estructura económica y social del país combina elementos de la modernidad y del atraso, lo que genera aquellas fricciones que le dan una fisonomía propia. No tiene, por ello mismo, que recuperar el socialismo argentino las claves teóricas signadas por la *doxa* socialdemócrata de la época, así como tampoco siente apremio por retrotraerse hacia aquellas otras que habían sido promovidas desde el socialismo «científico» primigenio. Sintomático de esta situación es la recriación argentina que en 1907 dedica a la dirección del Partido Socialdemócrata Alemán, el más poderoso y paradigmático de entre los miembros de toda la familia socialista, por no haber sabido poner un freno a la política proteccionista impartida por el gobierno de su país, la cual desde 1904 estaba haciendo estragos en la lucha emancipatoria de una población cada vez más extenuada.²⁴ En los puntos más acuciantes de la cuestión económica los roles pedagógicos, al menos en la práctica teórico-discursiva, aparecían invertidos: eran los políticos profesionales del PSA los que señalaban los errores de sus hermanos mayores al tiempo que enseñaban el método para revertir las fallas.

El socialismo argentino en el socialismo europeo

Durante el Congreso de Copenhague, Juan B. Justo se opuso a la propuesta de Sorge, delegada por el Partido Socialista de Francia, cuando con motivo de la fuerte represión sufrida por el movi-

miento obrero austral elevó la moción que llamaba a boicotear los productos de origen argentino. Ello sin dudas implicaría un duro golpe al librecambio, motivo por el cual el representante argentino contra-argumentó advirtiendo sobre las repercusiones negativas que habrían de recaer tanto en los obreros argentinos como en los europeos.²⁵ Interesa resaltar aquí el hecho de que con esta situación se demostraba la existencia y la interacción entre dos elementos que resultan claves al momento de entender la dinámica de la relación socialista entre secciones nacionales con posiciones jerárquicas distintas: por un lado, la independencia del pensamiento socialista argentino, por el otro, la incompreensión que de él obtenían los grandes partidos europeos de la Internacional.

La defensa encarnizada del librecambio era un síntoma del cientificismo evolucionista que embargaba el pensamiento de la corriente sector mayoritaria del PSA: solamente por su intermediación podría sanearse el aparato productivo de aquellas industrias ineficientes, expresión oportunista del capital especulativo, capital parasitario, que gozando del beneficio de las tasas impositivas elevadas que pesaban sobre sus equivalentes elaborados en el extranjero lograban prolongar artificialmente su existencia. El proteccionismo económico redundaba así en el atraso de las fuerzas productivas nacionales. Para el PSA la intromisión libre de trabas por parte del capital extranjero libre en la economía argentina era, a fin de cuentas, una demostración más en el sentido de que se estaba por la defensa y el estímulo de ideales propios del internacionalismo. A su vez, claro está, la evolución material que así debía lograrse estaría implicada en una maduración consiguiente de las condiciones políticas y sociales de la nación.²⁶ En todas sus manifestaciones posibles, el proteccionismo no podía producir nunca otra consecuencia más que la de inundar el mercado con productos artificialmente onerosos y de baja calidad, condenando así a la ruina material del proletariado nacional.

En el Primer Congreso Socialista Obrero Argentino, celebrado en los días 28 y 29 de junio de 1896, los socialistas modelaban el perfil de su partido al adoptar por principio la definición de que «nuestro movimiento es ante todo económico. No somos ideólogos que luchan por vagas aspiraciones de justicia, o de libertad; queremos en primer término el mejoramiento económico, y sabemos que así conseguimos lo demás por añadidura».²⁷ Dentro de esta lucha socialista que debía desenvolverse en la esfera de la economía, el socialismo entroncado en el pensamiento de Juan B. Justo iba a imponer de a poco, y hasta hacerse fuerte en todos los resquicios del partido, la opinión de que dicha confrontación económica tenía que librarse, en primer lugar, dentro del ámbito de la circulación, quedando a tal propósito fuertemente vinculada a la presión que podía ejercerse por los canales de expresión política. La clase obrera requería de la presencia de un capitalismo desarrollado, del normal funcionamiento del sistema de libre

²³ Godio, J., *El movimiento obrero*, op. cit., p. 40.

²⁴ LV, 22-23/7/1907, 512, p. 1.

²⁵ LV, 25/9/1910, 1382, p. 1.

²⁶ Esta postura se remonta a los inicios del socialismo como proto-partido. Cfr. LV, 2/11/1895, n° 44, p. 1.

²⁷ LV, 4/7/1896, n° 27, p. 1.

competencia, precondition para alcanzar las puertas de la sociedad socialista. Tanto así que, en plena guerra mundial, la liberación del comercio internacional de obstáculos aparecía a los ojos de los socialistas parlamentarios de la Argentina como «la obra pacifista por excelencia»²⁸.

Del mismo modo en que había ocurrido entre los grandes grupos socialdemócratas de Europa que acabaron dando su consentimiento al militarismo, una vez más la guerra de defensa aparecía como justificativo para la empresa bélica a los ojos del diputado socialista de Tomaso, quien comprendía que: «En 1914 los socialistas alemanes se han defendido por temor a la invasión rusa».²⁹ De la misma opinión era el senador del Valle Iberlucea, quien al afirmar que «las obras contra la libertad de un pueblo son atentados contra todos los otros; una nación puede emprender una guerra sólo para defender su soberanía, su libertad, su propiedad (...)»³⁰ dejaba en claro, además de la validez de la guerra defensiva, el internacionalismo del interés con que debía servirse a los fines de revertir los atropellos de la guerra ofensiva. En este sentido, del Valle Iberlucea exigió la ruptura franca de relaciones con Alemania aún antes de que se produjera el hundimiento del Monte Protegido. El argumento en que se basó esta exigencia consistió en la declaración de hostilidades que realizó Estados Unidos al país europeo ante el anuncio de que la campaña submarina sería incrementada al punto tal que quedarían sin efecto los derechos de neutralidad amparados bajo el derecho internacional.³¹

En Argentina, a diferencia de lo que ocurre por entonces en Europa, son los trabajadores los que se manifiestan, si no a favor de un internacionalismo proletario consciente y activo, al menos sí en apoyo a la neutralidad adoptada por el gobierno de Hipólito Yrigoyen. Y son aquí, paradójicamente, los dirigentes socialistas los que deciden reclamar la intervención argentina en el conflicto bélico mundial. Arrastran en su decisión a los afiliados que habían expresado su determinación en las elecciones internas, tal como quedó demostrado con el plebiscito partidario realizado en el marco del III Congreso extraordinario del partido celebrado en abril de 1917 que acabaría dando forma al embrión del comunismo en el país. Por la parte que toca a los afiliados al partido, esta situación quizás pueda explicarse en la inexistencia de un sentimiento nacional fuerte, lo que sin dudas podía acercarlo a las posiciones antibélicas propugnadas por el socialismo internacionalista, perspectiva que era alimentada desde el grupo izquierdista local conducido por José Penelón. Por el lado del liderazgo parlamentarista, actor central del análisis propuesto, la postura se comprende, como se ha visto, en su concepción evolucionista de la lucha sociopolítica y en la metodología asumida para llevarla adelante. Teorías más extremas como la que sostenía el bolchevismo ruso a partir del derecho a la autodeterminación de las naciones, con su propuesta de convertir la guerra internacional interburguesa en una

guerra civil interclasista, tenían grandes dificultades para ser asimiladas por el mundo del trabajo en las condiciones político-sociales de la Argentina de los años de la Gran Guerra.

Urge recordar que en los años previos al estallido de la guerra la misma línea mayoritaria del PSA se había manifestado anticipadamente en su contra, tras considerar que de producirse de acuerdo a las tendencias signadas por el largo período de «paz armada», sería el «producto de maquinaciones de la burguesía imperialista».³² La dirección del Partido, de hecho, había decidido en 1912 que en señal de protesta se sumaría a la huelga general que promovía un sector de la Segunda Internacional, aquel que encontraba en la figura de Gustave Hervé a su máximo referente. La posibilidad de la merma en los intercambios comerciales era ya una preocupación para el partido argentino al inicio mismo del conflicto. Parecía entonces remota la posibilidad de que el PSA consintiera la intervención argentina en una guerra de las características señaladas. Su trayectoria daba indicios en ese sentido. El repudio en contra de la agitación burguesa que tenía la intención deliberada de caldear los ánimos en contra del pueblo chileno, así como también la admiración y el apoyo moral hacia el movimiento independentista de Cuba, fueron oficialmente ratificados en el II Congreso del Partido Socialista, llevado a cabo durante los días 12 y 13 de junio de 1898.³³ En caso de guerra con Chile, se sostenía que el proletariado no sería «sino el dócil esclavo que da su cuerpo, su vida y la suerte de los suyos, en defensa de los intereses del burgués capitalista».³⁴ Pero al socialismo argentino, en cambio, le faltaban certezas para decidir su percepción sobre los acontecimientos cubanos: si en primera instancia supone que en nada se beneficia el proletariado de Cuba con la obtención de su independencia nacional,³⁵ poco tiempo más tarde concibe que la facultad para autodeterminarse implica una mejoría respecto de su posición colonial precedente, al tiempo que lo pone condiciones más propicias para un futuro avance paulatino hacia la transformación social.³⁶

En las discusiones parlamentarias que a mediados de 1913 tuvieron por eje los criterios empleados para la aprobación de las partidas presupuestarias, del Valle Iberlucea se manifestó en el Senado contrario a que se mantuviera la espiral ascendente de gastos que insumía el ministerio de Guerra y Marina de la Nación.³⁷ Como se ha señalado más arriba, la guerra submarina total declarada por Alemania iba a producir un cambio drástico en la posición neutralista hasta entonces asumida unánimemente por el PSA, pues peligraba con ella la integridad del comercio trasatlántico. Más allá de que la causa no fuera en absoluto la esperada, lo cierto es que las agresiones alemanas terminaron por otorgar los pretextos que la corriente parlamentaria necesitaba para extremar

²⁸ Justo, J. B., *Internacionalismo y Patria*, op. cit., p. 273.

²⁹ De Tomaso, Antonio, *La Internacional y la Revolución*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1919, p. 144.

³⁰ Del Valle Iberlucea, Enrique, *La Cuestión Internacional y el Partido Socialista*, Buenos Aires, Martín García, 1917, p. 12 [26 de enero de 1916].

³¹ *Ídem*, pp. 94-99 [13 de abril de 1917].

³² Corbière, Emilio, «Orígenes del comunismo argentino. Los socialistas y la guerra del catorce», en *Todo es Historia*, n° 81, febrero de 1974, p. 19.

³³ Dickmann, Adolfo, *Los Congresos Socialistas. 40 Años de Acción Democrática*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1936, pp. 11-12.

³⁴ *LV*, 2/2/1895, n° 5, p. 1.

³⁵ *LV*, 17/8/1895, n° 33, pp. 1-2.

³⁶ *LV*, 31/10/1896, n° 44, p. 1.

³⁷ del Valle Iberlucea, Enrique, *Discursos parlamentarios*, Valencia, F. Sempere y Compañía, s/f, pp. 43 y 51.

sus reclamos en pos del incremento irrestricto para la circulación internacional de mercancías.

Es importante advertir que si bien Bernstein en 1911 había plasmado en su breve escrito «De la secta al partido» algunas opiniones favorables al librecambismo político y económico,³⁸ resulta innegable que el Partido Socialista argentino tenía al momento de aparición de aquel folleto una amplia trayectoria dirigida en ese sentido. De hecho, en el encuentro que el dirigente socialista argentino Antonio de Tomaso mantuvo con el teórico revisionista salta a simple vista que la defensa que emprende este último del librecambio no descansaba tanto en sus virtudes intrínsecas como en las debilidades y perjuicios que supone el proteccionismo: «El proteccionismo, sobre todo en los países avanzados, lleva por necesidad a la política imperialista y de guerra. Todos nuestros proteccionistas socialistas fueron imperialistas».³⁹ El grupo de los socialistas parlamentaristas de la Argentina, por el contrario, se mantuvo inmerso en la reivindicación coherente, invariable, del derecho a la libertad de las naciones para entablar relaciones comerciales. La definición que enarbola el socialismo argentino del librecambio no se establece por la negativa: se identifica en este sistema el portador genuino de las experiencias que permiten la maduración política del proletariado, y así puede comprobarse desde finales del siglo XIX hasta el final del período que nos ocupa.

Aunque se expandió por todos los reductos del socialismo parlamentario de la Argentina, lo cierto es que perteneció a Justo la originalidad de convertir en una bandera, más que en un tópico, la noción de librecomercio entendida como aquel elemento clave del proceso de modernización emergente, en el cual el socialismo debía hacer hincapié con el objeto de contribuir a posicionar estratégicamente al proletariado en la lucha social y política. Las delegaciones argentinas que concurren a los distintos congresos y conferencias que se realizaron en el marco de la Segunda Internacional elevaron a sus pares de otras naciones los contenidos de la propuesta librecambista, sin llegar a capturar la correspondencia tan ansiosamente buscada. En este sentido es oportuno rescatar la apreciación de José Aricó:

A diferencia de una actitud habitual en el pensamiento socialista de la época, desde el inicio de su militancia por el socialismo intentó encontrar las raíces de esta corriente ideal en la propia realidad nacional, cuya historia desde una perspectiva clasista intentó revalorizar críticamente.⁴⁰

Para el grupo parlamentario argentino, a diferencia de los postulados que enarbolaba el marxismo revolucionario en Europa y en la Argentina, los derechos y los intereses de los trabajadores no eran antagónicos, sino que se encontraban integrados en el conjunto más amplio de los derechos e intereses nacionales.

Invitado a la ciudad de Buenos Aires a fines de octubre de 1908

para dar a conocer sus apreciaciones sobre el socialismo argentino, Enrico Ferri, diputado por el Partido Socialista Italiano, había sostenido, para disgusto de sus compañeros nativos, la imposibilidad de constituir un Partido Socialista serio en un país en que la mayoría de su población económicamente activa no se hallase volcada a las actividades de la industria.⁴¹ Los comentarios de Ferri alentaron una larga serie de respuestas en las páginas del órgano del PSA. No era ésta sino otra forma expresión más en donde se reflejaba el sentimiento de superioridad que experimentaba el socialismo parlamentarista europeo en relación a las encarnaciones del pensamiento socialista extra-continental. Este aura de «espíritu rector» partía de un desconocimiento de las distintas realidades nacionales y acababa traduciéndose en una impugnación anticipada de cualquier experiencia política que no siguiera las mismas pautas ni se aplicara en un terreno con idénticas características que aquellas bajo las cuales había triunfado el «socialismo progenitor». El arribo a la Argentina de otra figura de renombre internacional Jean Jaurès sirvió, en consecuencia, para purgar a nivel local la desafortunada impresión que sobre el socialismo argentino había dejado el visitante honorífico anterior.

Antes de visitar la Argentina en septiembre de 1911, el político francés realizó inesperadamente un paso fugaz por Montevideo, y aprovechó la oportunidad para brindar una conferencia improvisada. En ella manifestó la convicción de que las potencias europeas se hallaban encaminadas a un régimen de destrucción de proporciones inusitadas, constituyendo lo interesante de su diagnóstico el haber vaticinado que el corolario del estallido bélico internacional vendría dado por un paralelo estallido social que habría de decantar en el inicio de un proceso revolucionario para los países directamente afectados.⁴² Pero este pronóstico no era de ninguna manera precursor del impulso positivo que le adjudicaría la izquierda socialista un año más tarde en el Congreso de Basilea. Aun cuando la explosión revolucionaria fuera descartada por el líder socialista francés, atento su comportamiento a la construcción de una trayectoria homogénea y sin fisuras en favor de la transición político-social pacífica, es importante señalar que la premisa en que descansaba su fundamentación consistía en advertir que los gobiernos centrales debían hacer frente a la sublevación de los pueblos que, con toda seguridad, originaría de forma natural la exigencia estatal para que sus ciudadanos partieran al frente de combate. El socialismo argentino mayoritario compartía este posicionamiento táctico respetuoso de la legalidad a partir de la cual debía desarrollarse el cambio gradual de la realidad social. De tal modo, en su informe al Comité Ejecutivo del PSA, con motivo de la celebración del Congreso de Copenhague, Juan B. Justo sostenía el 10 de noviembre de 1910 que «no somos absolutamente un partido de violencia, sino un partido de orden en un país de revueltas».⁴³ Esta suerte de «materialismo gradualista» fue decisivo en la orientación que tomó la intervención argentina en las polémicas internacionales.

³⁸ Cfr. de Tomaso, A., *La Internacional*, op. cit., p. 67

³⁹ *Ibidem*.

⁴⁰ Aricó, José, *La tradición socialista*, Buenos Aires, La Vanguardia, 2006, p. 10.

⁴¹ Justo, J. B., *Socialismo*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1920, pp. 123-141.

⁴² Sáenz, Jimena, «Monstruos sagrados en el Centenario», en *Todo es Historia*, Buenos Aires, n° 68, diciembre de 1972, pp. 73-74.

⁴³ *LV*, 10/11/1910, n° 1421, p. 1.

Los lineamientos temáticos trazados por la Internacional Socialista para su debate en la Conferencia de Berna consistían en cuatro puntos fundamentales, a saber: 1) las responsabilidades de la guerra; 2) las cuestiones territoriales; 3) la Sociedad de las Naciones; 4) La cuestión rusa.⁴⁴ En el punto referido a la Sociedad de Naciones, donde el centro de la atención pasaba por la necesidad de consensuar el desarme de todas las naciones y garantizar la permanencia de la paz a través del arbitraje internacional, con su intervención Juan B. Justo logró colar en la agenda socialista la cuestión del librecambio,⁴⁵ al punto tal que entre las resoluciones de la Conferencia de Berna se afirmaba que era requisito de la Sociedad de las Naciones

prevenir toda guerra económica mediante el establecimiento de un régimen fundado en el libre cambio, el libre acceso a todos los países, la puerta abierta en las colonias y el control internacional de las grandes vías de comunicaciones mundiales. Si algunas naciones establecen tarifas aduaneras, éstas deberán ser sometidas a la aprobación de la sociedad de las naciones.⁴⁶

Este triunfo del socialismo argentino tuvo aún cierta pertinencia, si bien mucho más tibia, en la Conferencia de Amsterdam, siendo que fue escuchada la proposición argentina de que se implementaran «reglas para la abolición gradual de las trabas legales al comercio internacional».⁴⁷

La pérdida del lugar de trascendencia de los planteamientos a favor del librecambismo se vería confirmada en forma definitiva con la celebración de los cónclaves subsiguientes. Cuando la Conferencia Internacional Socialista de Lucerna se expide sobre las cuestiones económicas de posguerra resuelve que para el caso de Alemania y Austria:

Los arreglos para el control del crédito, de la navegación, de la alimentación y de las materias primas, deben ser confiables, en forma bien definida, a organismos en cuyo seno los adversarios tengan una representación bajo el control de la sociedad de las naciones en vez de estar en manos de organismos dominados por dos o tres de los principales gobiernos aliados.⁴⁸

Se exigía no ya la derogación de los instrumentos de control de las economías nacionales de estos dos países vencidos en la contienda, sino que ahora era explícita la convicción referida a la necesidad de reemplazar una forma de intervención por otra. La capacidad del socialismo argentino para ganar la consideración de sus pares europeos en la acogida de argumentos programáticos que le eran propios quedaba así aniquilada. En este sentido, no es casual el hecho de que el Congreso de Berna haya ocupado un lugar destacado en numerosas oportunidades dentro de las pági-

nas de **La Vanguardia**, en tanto que los encuentros posteriores del socialismo internacional apenas merecieron alguna mención breve. Sin lugar a dudas fue Berna el momento álgido del PSA en su encuentro con las fuerzas socialistas internacionales.

Consideraciones finales

Aunque dotado de una conformación que respondía a parámetros de índole nacional, el *corpus* ideológico que daba unidad de sentido al Partido Socialista Argentino tenía una dimensión internacional, razón por la cual «si ante los regionalismos provinciales el socialismo como ideología tendencialmente universalista debía asumir una identidad nacional, del mismo modo, ante los nacionalismos, debía asumir una identidad internacionalista».⁴⁹ En torno a los problemas que se generan a partir de la dinámica combinada en el complejo relacional relativo a la cuestión de las naciones, el núcleo de la discusión no es el mismo entre el socialismo europeo y el argentino. Si en Europa los numerosos intentos por comprender la realidad social a comienzos del siglo XX otorgan un lugar central del debate a la cuestión territorial, en el caso argentino es la cuestión ligada al comercio internacional la que captura el grueso de la atención en las diatribas que suscitan las formaciones nacionales y sus interacciones.

Los socialistas argentinos no se resignan a ocupar un lugar de subordinación en la lucha por la emancipación mundial de los trabajadores. Aunque no cuenta con el prestigio que la trayectoria otorga a sus pares europeos, hay una crítica fuerte y recurrente que la dirección del PSA destina a la Segunda Internacional, y es aquella que consiste en objetar el silencio generalizado en torno de las cuestiones vinculadas a los comercios internacional y colonial, silencio mantenido sin variantes desde que las hostilidades entre naciones se constituyeron en motivo de análisis pormenorizado a partir del Congreso de Stuttgart. Esta omisión deliberada hacia el papel del intercambio comercial hubo de sostenerse hasta después de finalizada la contienda, ganándose un lugar de privilegio en la conferencia celebrada en Berna en 1919, y aún así habría de volver pronto a quedar minimizada en la reunión que con posterioridad encontró a la Internacional Socialista en Amsterdam. La centralidad adjudicada por el socialismo argentino al librecambio venía dada por la potencialidad transformadora en que, de acuerdo a su perspectiva, éste se halla envuelto:

Revolucionario es el librecambio porque dirige en todas partes el trabajo humano hacia su empleo más productivo; porque, a igualdad de aptitud para la acción gremial y política, permite a los productores más alto nivel de vida; porque rompe la rutina de cada país, destruye las empresas parasitarias e impone perentoriamente a todos el progreso técnico-económico; porque estrecha el campo de acción retrógrada de

⁴⁴ Cfr. LV, 25/3/1919, n° 4219, pp. 2-3; LV, 18/3/1919, n° 4212, p. 3.

⁴⁵ LV, 8/2/1919, n° 4171, p. 1.

⁴⁶ LV, 30/6/1919, n° 4315, p. 1.

⁴⁷ LV, 29/6/1919, n° 4314, p. 1.

⁴⁸ LV, 7/10/1919, n° 4413, p. 1.

⁴⁹ Becerra, Marina, «¿Fiestas patrias o fiestas socialistas? Rituales escolares e identidad socialista a principios del siglo XX», en Camarero, Hernán y Carlos Miguel Herrera (eds.), **El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo**, Buenos Aires, Prometeo, 2005, p. 101.

la corrupción política, del monopolio y del privilegio; porque define los antagonismos sociales internos y hace interdependientes a los pueblos.⁵⁰

Al momento de interpretar los motivos y establecer un programa de acción ante una coyuntura de tanta trascendencia como lo fue el estallido bélico de 1914 no se debía perder de vista el carácter excepcional del que ella era producto. Pero la libertad para entablar intercambios comerciales entre países era un derecho que se defendía tanto en la paz como en la guerra, y los socialistas asumían la tarea de velar por las condiciones de su realización. La solidaridad entre capitalistas y asalariados que impulsaba el proteccionismo decantaba en el más nocivo de los nacionalismos, el cual tenía que ser combatido con ingentes esfuerzos, pues constituía un freno al proceso social en que se desenvuelve con naturalidad la lucha de clases. El internacionalismo era identificado con el liberalismo económico total, y el verdadero nacionalismo era el que se basaba en el internacionalismo comercial. Era éste, según la percepción del socialismo argentino hegemónico, el único nacionalismo que constituía una vía válida para la maduración política de los proletariados de cada país.

Por lo tanto, si la interpretación que de la guerra había promovido en un principio la Segunda Internacional era acertada, entendiendo que su causa y fundamento radicaba en la expansión del capital comercial monopolista en busca de nuevos mercados, entonces la solución estaba, a decir del PSA, al alcance de la mano: bastaba con abrir las fronteras nacionales a los productos de todas las regiones del mundo. Por eso las exigencias de intervención militar con la finalidad de proteger a la marina mercante de las consecuencias provocadas por la guerra submarina irrestricta impulsada por Alemania le permitían al PSA romper con los votos de neutralidad desde un lugar totalmente original, bien apartado de los planteos justificativos de los socialistas europeos. Y es que, por el rol que se le había adjudicado, al insistir en la necesidad de defender el comercio internacional, el socialismo argentino podía legitimar su acción en el convencimiento de que se estaba así estimulando el desarrollo de la lucha de clases. Nacionalismo e internacionalismo aparecían, en consecuencia, como dos proyecciones sociales imbricadas, no como partes de una dialéctica forzada entre par de antagonicos, sino unidas en una relación de interdependencia beneficiosa en donde el buen desarrollo de uno se hallaba supeditado al correcto desempeño del otro.

La existencia de naciones fuertes era un prerrequisito para la conformación de un internacionalismo vigoroso. La amalgama que estrechaba a estas dos construcciones poniéndolas en correspondencia unívoca no era otra que la actividad económica. En el esquema teórico del socialismo mayoritario argentino no mediaba contradicción alguna entre la funcionalidad nacional del partido y la proyección internacional del movimiento socialista:

El partido socialista sabe respetar la canción patria, como también la bandera azul y blanca; pero el partido socialista, como fracción de una entidad internacional, al mismo tiempo que recuerda las armoniosas estrofas de la canción patria, recuerda el himno de los trabajadores. En esa forma, nacional e internacional a la vez, contribuye al engrandecimiento del país por el mejoramiento económico e intelectual del pueblo trabajador, queriendo que los trabajadores tengan una patria legítima, y que ésta no sea el monopolio de una clase privilegiada, de un partido puritano, que a cada momento la invoca, aunque la traicionen las ideas y los hechos, realizando conspiraciones y deshonrando al país ante el mundo entero.⁵¹

De este modo, en los años de conflicto bélico internacional y en la inmediata posguerra, el Partido Socialista Argentino se propuso —y logró— abordar aquellas problemáticas acuciantes que influían más allá de la Argentina, partiendo de claves de análisis autóctonas. Bajo ningún punto de vista puede objetarse que la defensa a ultranza del librecambio, promovida por la conducción del PSA durante tantos congresos y conferencias internacionales, haya consistido en realidad en la mera adopción de una propuesta emergida y gestionada en las «altas esferas» del socialismo mundial. La Segunda Internacional Socialista se hallaba organizada internamente de tal manera que era posible para los partidos nacionales que la integraban, tomar distancia en términos relativos respecto de las concepciones asumidas en su seno. El socialismo argentino se hizo eco de esta posibilidad para realizar una exégesis auténtica de los hechos y delinear una respuesta de acción acorde: su defensa de la libertad de comercio fue, para el partido sudamericano, la consumación de esta libertad de pensamiento.

⁵⁰ Justo, J. B., *Internacionalismo y Patria*, op. cit., p. 62.

⁵¹ Del Valle Iberlucea, E., *Discursos parlamentarios*, op. cit., p. 38.

Resumen

Pese a que los grandes partidos socialistas de Europa podían sentirse en condiciones de impartir a sus homólogos menores ciertas lecciones esenciales para la vida política, el socialismo argentino logró encontrar espacios críticos que le permitieron generar planteos originales en torno de algunas de las dificultades cruciales que obstruían el camino nacional hacia la superación del capitalismo. Desde la dirección del PSA se evidenciaba un proyecto de nación autosustentable que no desdeñaba de la exportación de productos agrarios. La campaña submarina irrestricta declarada por Alemania al promediar la Gran Guerra hizo peligrar la integridad del comercio trasatlántico, extremando los reclamos argentinos en favor de la circulación internacional de mercancías. Este artículo intenta, por tanto, contribuir a la aprehensión de la tradición política específica del PSA, centrandolo para ello la atención en uno de los factores de divergencia teórico-práctica más salientes que acompañaron su trayectoria durante la Segunda Internacional: el librecambio.

Palabras clave: Partido Socialista Argentino; Segunda Internacional; librecambio.

Abstract

Although the big socialist parties in Europe might have felt able to impart essential lessons on political life to their minor counterparts, the Argentine socialism was able to create critical spaces that allowed it to generate original proposals around some of the crucial difficulties obstructing the national road towards overcoming capitalism. A self-sustaining project for the nation that did not disdain the export of agricultural products was evident from the direction of the PSA. The unrestricted submarine campaign declared by Germany midway through the Great War was threatening the integrity of transatlantic trade, taking the Argentinian claims for the international flux of goods to extremes. This article attempts, therefore, to contribute to the apprehension of the PSA-specific political tradition, by focusing the attention on one of the most salient theoretical and practical factors of divergence that accompanied its tradition during the Second International: the free trade.

Keywords: Socialist Party of Argentina; Second International; free trade.